

EL MUNDO CÓMICO

DIRECTOR LITERARIO,
RICARDO SEPÚLVEDA.

SEMANARIO HUMORÍSTICO
(SE PUBLICA LOS DOMINGOS)

DIRECTOR ARTÍSTICO,
JOSÉ LUIS PELLICER.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En MADRID: un mes, 4 rs.; número suelto, un real; En PROVINCIAS; un mes, 5 rs.; tres meses, 13 rs.; número suelto, un real 50 céntimos. — PORTUGAL; tres meses, 16 rs. — FRANCIA, INGLATERRA é ITALIA: tres meses, 20 rs. — AMÉRICA Y FILIPINAS: semestre, 8 ps. fs.; un año, 5½ ps. fs. —

Se suscribe en las principales librerías de Madrid, Provincias, Extranjero y Ultramar, y directamente ó por medio de letra ó libranza en la Administración de este periódico, plaza de San Nicolás, núm. 8, segundo. Se admiten sellos de comunicaciones, pero en carta certificada.

LA SORPRESA. — POR PEREA.



— ¡Quién habrá traído estas botas! ¿Si se irá á disfrazar mi señorita de sargento de caballería?

EFECTOS DEL BLANCO-CLEOPATRA. — POR LUQUE.



Antes de usarlo.



Al poco rato.



Al mes.



Al año.

LA RUBIA Y LA MORENA.

«Pero esa rubia, pero esa rubia,
pero esa rubia me gusta más.»

La verdad es que me gustan mucho más las rubias.
¿Sabeis por qué?

Porque me parecen más inocentes, más lánguidas, más voluptuosas

Porque creo que una rubia con ojos azules es un pedacito de cielo *secuestrado* á San Pedro en un momento de distraccion.

Y además porque no comprendo á una rubia celosa, ni soberbia, ni intransigente.

Podrá ser tonta, eso sí, y lacia y descuidada é hipócrita, pero carecerá de arrebatos, de accesos, de convulsiones.

Una rubia podrá desmayarse, y hasta se me figura que esta debilidad forma parte integrante de su naturaleza, pero en cambio no arañará á nadie, ni morderá, ni otros excesos.

La rubia tiene — ó debe tener — considerada en abstracto, la positiva ventaja de alimentarse del aire (es un decir), lo cual supone un ahorro positivo, considerada la cuestion bajo el grosero materialismo.

No comprendo á la rubia frente á frente de una chuleta. Pero me la figuro diariamente gustando un merengue de fresa.

Esto, que para el vulgo significará poco, no deja de marcar un carácter.

¡La rubia! ¡Oh! ¡La rubia!

Y la verdad es, que donde está una morena ¡boca abajo todo el mundo!

¿Sabeis lo que es una morena?

Pues son dos ojos capaces de mover una revolucion... digo, no; de mucho más, porque aquí una revolucion la movemos, no por los ojos, sino por la boca.

Dos ojos negros, brillantes, que hablan solos y dicen más de lo que quieren:

Dos cejas... como los ojos,
y un pelo... como las cejas.

La morena atrae lo mismo que la culebra.
Su corazon es una hoguera, y en ella se abrasan toda clase de incautos.

Amad á una morena, y os volvereis locos.
Tambien suelen dar de cachetes en momentos críticos.
Y esto constituye otra belleza — salvaje no hay duda — de la raza.

Conozco á más de un marido, cuya *morena* le acaricia en sus raptos de celos con toda clase de arañazos.

Y como los celos significan *amor*, de aquí la satisfaccion y contento del bienaventurado.

— ¡Mi mujer me adora! dice al terminar la cachetina.

Y es verdad: le adora á su color, vamos al decir.

El heroismo está vinculado en la morena.

Es valiente por naturaleza, indómita por carácter, terca por capricho, entusiasta por inclinacion.

Si la morena fuese hombre, ya estaria extinguida la Deuda, y terminada la guerra, y hasta pagado el cupon exterior.

O de lo contrario, moriria en la demanda.

Los raptos se han hecho para las morenas, que afrontan serenas todo género de escalas, caballos, cuerdas de nudos y tapias de inmensa altura.

Para ellas está escrito en la Gramática el verbo *querer*. Y la virtuosa lo es hasta el martirio, y la coqueta hasta el extravío.

Morena: es decir, grandes pasiones, voluntad inquebrantable, génio por todo lo alto...

¡Las morenas! ¡Oh! ¡Las morenas!

Para las morenas se hizo el sol, y la luna para las rubias. Figuraos una noche apacible, tranquila, poética.

Aquí la casita blanca; allá el balcón con las enredaderas; acullá el jardín, el arroyuelo, el perfume de la brisa, el canto del ruiseñor.

Figuraos que se abre la ventana y aparece una sombra blanca.

No hay remedio.

Tiene que ser una rubia.

Despues los suspiros, la llegada del amante, el beso casto y puro, la sonrisa encantadora, y por último el ¡ah! de sorpresa, sintiendo á sus espaldas un «¡miserable!» lanzado á quema-ropa por el papá.

Mutacion:

El viento ruge (estilo novelesco); llueve á torrentes; de vez en cuando brilla un relámpago y suena un trueno; aquí las pisadas de un caballo; allá la puertecilla falsa del parque; acullá el negro espacio, la cascada y el torrente. Suenan dos palmadas: una mujer se precipita en los brazos del apuesto jóven.

Es una morena... de fijo.

La rubia se dobla, pero no se rompe.

La morena se rompe, pero no se dobla.

Aquella nos envuelve en un sueño de deleite.

Esta nos sumerge en una pesadilla de amor.

La rubia hace del hombre un santo.

La morena puede hacerle un demonio.

Eva debió ser morena.

Si una rubia os dice «te amo,» caereis á sus plantas.

EN LA PLAZA MAYOR. — POR LUQUE.



(Felipe III hablando.) — ¡Qué vengan ahora á apearme!...

Si os lo dice una morena, caereis en sus brazos.
 Por una rubia llegareis á componer todo un poema.
 Por una morena conquistareis un mundo.
 En un país de rubias, sólo brotarán violetas y sensitivas.
 En un país de morenas, rosas y claveles.
 Un batallon de rubias venceria sin disparar un tiro.
 Uno de morenas promoveria nueva guerra.
 Alejandro, Salomon, Sardanápalo, Anníbal, Cleemdríd,
 D. Rodrigo, y tantos otros como trastornaron la tierra,
 debian estar enamorados de mujeres morenas.
 Camoens murió por una mujer. Apuesto á que era rubia.
 Todos los poetas bucólicos describen una pastora sensi-
 ble, tierna y enamorada.
 Esta pastora es rubia.
 Todos los poetas heróicos ensalzan una matrona ilustre,
 brava é intrépida.
 Esta matrona es morena.

La especie degenera; las razas se debilitan.
 Este es un principio inmutable.
 Pues bien: de este principio han salido las peli-negras,
 las peli-rubias, las trigüeñas y las indefinibles.
 Mezcla perfecta en donde se revela lo siguiente: que de
 gustos no hay nada escrito.
 Y que el hombre es políglota en cuestion de colores.
 En cuanto á mí, sólo puedo decir que tengo días, ó más
 bien que tengo horas.
 Porque al empezar este articulejo me gustaban las rubias.
 Y al terminarlo prefiero las morenas.

M. Pina Dominguez.

P. D. Y al firmarlo estoy por todas las que se presen-
 ten... si son bonitas.

PUNTO REDONDO.

FÁBULA.

Tétis dijo á Vulcano allá en su fragua:
 « Cuando llueve en el mar se moja el agua; »
 y el númen chisperil añadió fino:
 « Se pone el agua como sopa en vino. »
 Chistes deben ser ambos muy discretos,
 por decirlos (y basta)
 dos autorizadísimos sugetos,
 de los que pocos entran en banasta.
 Se habla de historia, y entre gente sería
 Blas tiene autoridad en la materia.
 Propercio, según Blas, fué de Elizondo.
 Pues si lo dijo Blas, punto redondo.

Juan Eugenio Hartzzenbusch.

SONETO.

He roto muchas cartas amorosas
 de mujeres que quise con locura;
 he roto la amistad más firme y pura
 que vió el siglo en dos almas cariñosas.
 He roto dos endechas lacrimosas
 que, con pluma de ganso roma y dura,
 escribí al arroyuelo que murmura
 bañando chinas y lamiendo rosas.
 He roto, siendo niño, los pañales;
 he roto trajes de mezclilla y paño,
 y he roto en dos balcones dos cristales.
 Sólo no he roto, por destino extraño,
 un recibo fatal de dos mil reales
 Que me prestó un amigo hace ya un año.

Pedro María Barrera.

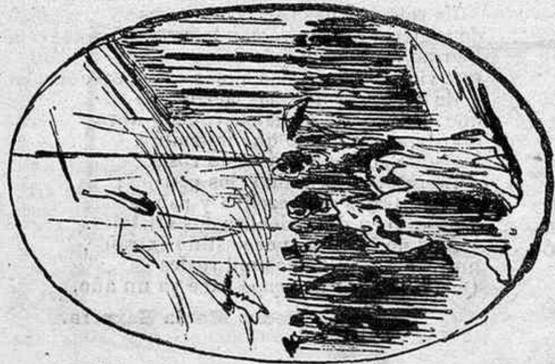
REVISTA

DEL MES DE

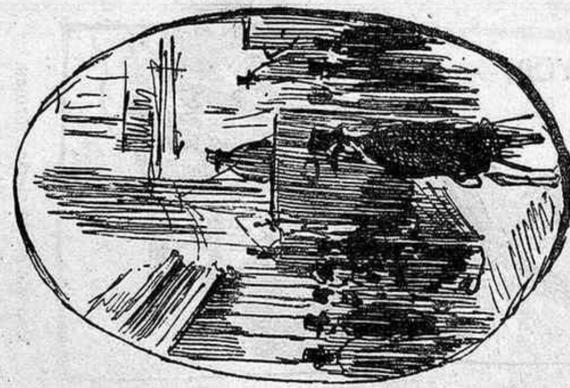
MAYO

POR

Pellizer



Exposición Regional en el palacio de Indo.

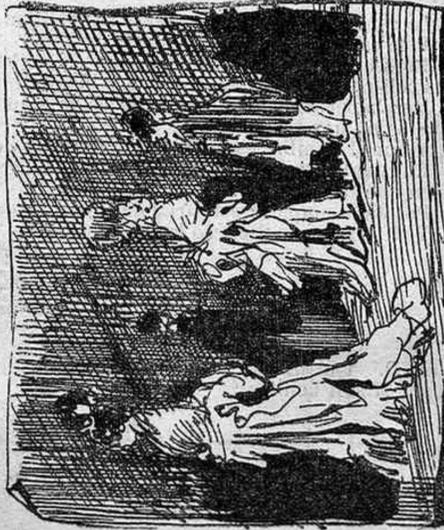


Exposición de Bellas Artes.

EXPOSICION DE FLORES.



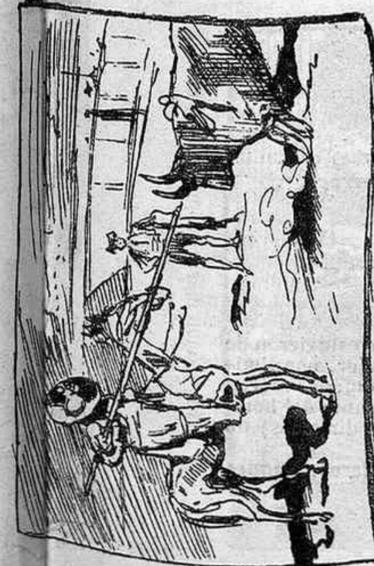
Unas florecitas están muy bien en casa.



Exposición diaria nocturna.



Exposición de maridos.



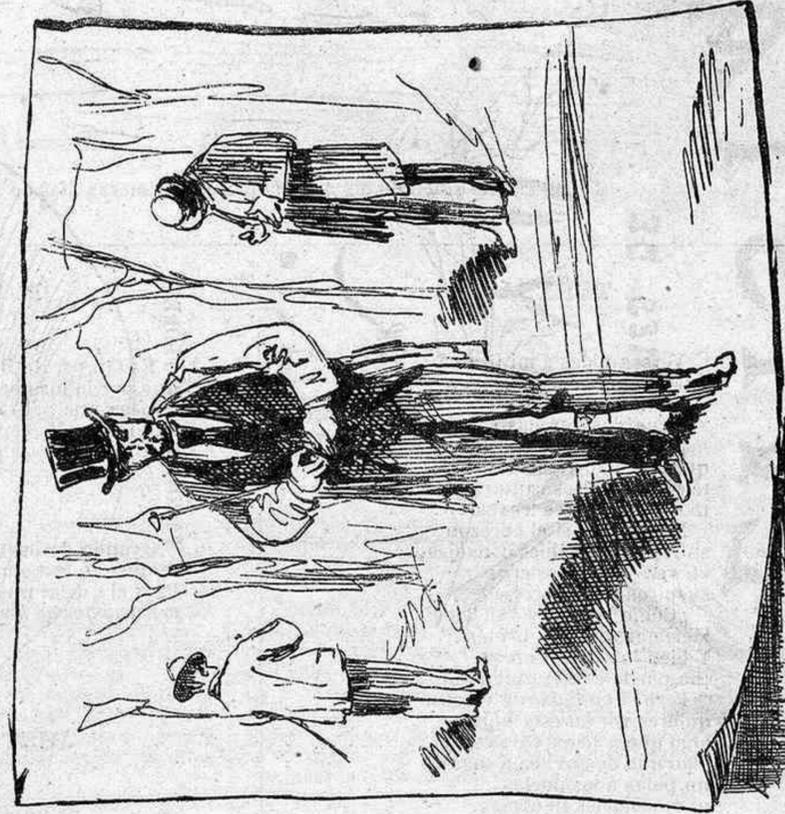
Exposición de ganado.



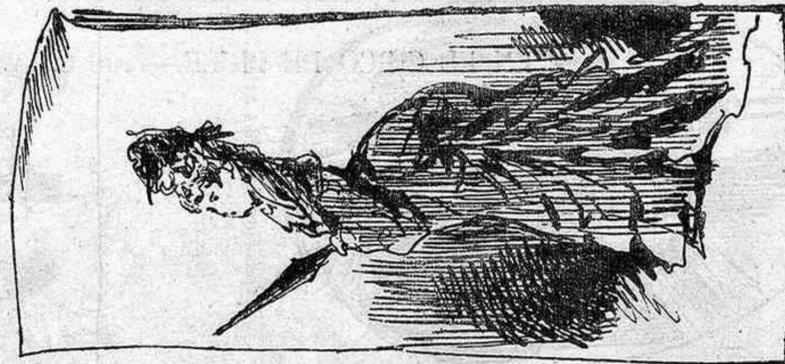
Exposición anual de San Isidro.



Exposición de formas inciertas.



Con tantas exposiciones estuvieron expuestos á quedarse sin un cuarto, los que tenían alguno.



Exposición de ciertas formas.

EN EL CIRCO DE PRICE. — POR CILLA.



Situación difícil de los que ocupan las primeras filas de sillas.

• A TERESA.

Versos pides á mi lira
cuando muda, silenciosa,
yace en oscuro rincón
sus cuerdas doradas rotas.

¡Ay! yo quisiera también
que sonando vigorosas
te dieran dulces cantares,
te dieran alegres trovas.

Mas ¿cómo si el corazón
sufriendo horribles congojas,
en vez de festivos ecos
suspiros tristes arroja?

¿Cómo si de él á raudales
lágrimas amargas brotan?
Y bien lo sabes, Teresa,
¡no puede cantar quien llora!

Pero si en lugar de versos
quieres ver en esta hoja
algo que á todos agrade,
algo que dé envidia á todas,
no pidas á los poetas
ni madrigales ni coplas,
sino fiel y verdadero
tu retrato aquí coloca.

Ramon de Navarrete.

EPIGRAMA.

Perdió al final de su viaje
un bulto cierto viajero,
y, entre airado y lastimero,
al reclamar su equipaje,
decía, haciendo un insulto
á la moral y á la empresa:
— ¡Yo no me voy de esta mesa
sin que me busquen el bulto!

Eusebio Blasco.

MORALEJAS.

Es tan pacato D. José Tomiza
que por la más pequeña y nimia cosa
le pega una paliza
su distinguida esposa,
*Muchas que tienen palos merecidos
se los suelen pegar á sus maridos.*

Oyendo de Beethoven un *scherzo*
se durmió como un bruto un gran mastuerzo.
Para el que al mundo á ser un bruto salga
presumo que no hay música que valga.

C. Frontaura.

JUSTICIA SECA.

A un alcalde se quejó
contra Manuel, Nicolasa,
porque al salir de su casa
él un beso la robó.

El alcalde, ya enterado,
siempre á la justicia fiel,
ordenó: «Vuelva Manuel
el duplo de lo robado.»

Teodoro Guerrero.

LAS MUJERES NERVIOSAS.

Ya pasó su época. Hubo un tiempo en que estuvieron de moda los ataques de nervios, y no había mujer, por diminuta que fuera, que no ensayase uno más ó ménos fuerte, en su casa, para ponerlo en escena luégo delante del hombre (porque á convencer á los hombres iban dirigidos) de quien se trataba de conseguir esto ó aquello.

Y hubo por entónces ataques de varias clases: ataques

LA REVALENTA ARÁBIGA. — POR LUQUE.



Antes de tomarla.



Pocas horas despues.

ligeros, reducidos á una pasajera contraccion de los tendones, acompañada de un desmayo, tambien insignificante; ataques de *golpe y porrazo*, en que la mujer se dejaba caer al suelo y se golpeaba las manos y la cabeza, mordiendo y extrangulando al que se acercaba á sujetarla, y ataques de *dos ó más horas* de duracion, en que la paciente no volvía en sí por más sales ó vinágres que se le propinarian.

El modo de usarlos con éxito era muy conocido.

Se trataba de demostrar disgusto porque el novio ó el marido no satisfacía cierto capricho de poca importancia: ataque ligero al canto.

Era una salida de teatro, ó un vestido precioso que se le habia antojado á la señora... ataque de golpe y porrazo.

Era asunto de mayor cuantía, un viaje al extranjero, un abono en la Opera, etc.: ataque de larga duracion.

Y el resultado era seguro. El marido capitulaba; el novio que iba decidido á reñir á su adorada por celos ú otras niñerías, se ponía tierno y dulce como un merengue, y siempre el hombre acababa por humillar su cerviz á los piés de su nerviosa compañera.

De este modo, durante mucho tiempo, han logrado imposibles las mujeres, y cuando tenían un deseo costoso ó el temor de una justa reconvencion, eran los ataques de nervios su salvaguardia. En vez de dar explicaciones y pedir perdón, el hombre, con lágrimas en los ojos y vivamente conmovido, deponía su enojo y demandaba misericordia.

Pero los tiempos han cambiado. Poco á poco empezó á correr la voz de que esos ataques de las señoras mujeres eran fingidos por punto general. Los hombres trataron de observarlas, y de acuerdo con todos los más eminentes pensadores, se convino más tarde en que los nervios eran una de las armas de más seguro efecto que poseía la mujer contra las exigencias, vacilaciones ó firmeza de carácter de los hijos de Adán.

Y pasaron dias, y meses y años... Y llegó un momento en que hasta los hombres más sencillos tomaron á broma los ataques de nervios.

Las mujeres lo comprendieron así, y convencidas ya de que ni sus lágrimas (otro de los medios que tambien alcanzó gran éxito) ni sus nervios, conseguían ablandar el empedernido corazón de sus novios ó maridos, renunciaron á él por completo.

En la actualidad son muy pocas, contadas, las mujeres que echan mano de este recurso para lograr algun capri-

chito. Pasó la moda, como pasó la del romanticismo y la del miriñaque, y pasará la del *polisson*.

Muy pocas son tambien las que muerden y arañan para convencer mejor de la justicia de sus pretensiones.

Porque habia olvidado decir que se *dieron casos* de mujeres que arañaban en un momento nervioso.

Las mujeres, bajo este punto de vista, han tenido algo de gatas, por lo ménos las uñas y los nervios. Por eso seguramente dijo un sabio de los tiempos prehistóricos, que la mujer es un compuesto nervioso de ángel y de demonio, cuya naturaleza felina, tinta en sangre de serpiente, tenía más de tigre que de mujer.

Y como bien mirado esto es una grosería, no han querido las mujeres que se las compare al tigre, porque... ya no hacen efecto, que si no, crea usted, lector, que todavía oiríamos hablar mucho de los ataques de la señora de X ó de la señorita de L... ¿Quién tiene ya ataques de nervios? Valdria tanto como vestir las señoras el *tontillo* y los caballeros la *chupa*. Todos nos reiríamos de tal *cursilería*.

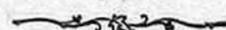
No niego, sin embargo, que haya ataques de nervios verdaderos en la actualidad. Pero crean ustedes que esos ataques los tienen en el silencio, sin salir de su casa, sin darles publicidad, por lo mismo que no se quiere impresionar con ellos.

Por regla general, si oyen ustedes decir que Fulanita ó Menganita ha tenido un ataque en una reunion, en un baile, en visita ó en el teatro, puede asegurarse que ha sido fingido. Si es casada, lo ha tenido con el propósito de dar á entender al público que el marido la trata con dureza; si es soltera, ó viuda, para que el novio se fije más en ella y acelere el momento de pedir su mano, ó de *sacarla de penas*, como vulgarmente se dice; y si es solterona, por el placer de que los caballeros allí presentes la sujeten por los brazos... aunque, cuando este último es el *objeto* del ataque, bien puedo incluir en el grupo á la soltera, casada y viuda, para no equivocarme.

Las que padecen de los nervios realmente, tienen bastante con tal enfermedad para tratar de simularla en público.

No va, pues, mi pluma contra esas, sino contra las pocas que quedan de las otras. —Y, lo repito, señoras, eso ya es *cursi*...

Ricardo Sepúlveda.



EPIGRAMAS.

Por una cuesta Juan Mola
iba en un mulo subiendo,
y el pobre se iba escurriendo
que ya tocaba en la cola.

Temiendo bajar rodando
gritó ya sin disimulo:
«que me traigan otro mulo
que este se me va acabando.»

A. Alcalde Valladares.

Creyó con más tino que otros
obrar un sereno záfio,
á las horas que cantase
su propio nombre juntando.

Vió, pues, el cielo sin nubes,
y abriendo de boca un palmo,
así se estrenó en su oficio:
— ¡Las diez en puntu... y Ciriácu!

La madre de una soltera,
que estaba en la hora del parto
por un desliz—y era el cuarto,—
fué á llamar á la partera.

Quien, con frases no fingidas,
al punto exclamó: — ¡Narices!
pues si estos son los deslices
¿cómo serán las caidas?

Ventura Ruiz Aguilera.

La postrera enfermedad
de sus hijos recordaban
tres mujeres, y así hablaban:
— El mio murió de *edad*.
Otra dijo: — ¡*De civil*
murió mi Juan, mi cariño!
y la tercera: — ¡Mi niño
murió de *garrote vill!*

F. Martinez Pedrosa.

La escena pasa en un tribunal de exámen.
Personajes. — Varios examinadores y un examinando.
— ¿Qué es colacion?
— Colacion es la cena que dan en las casas de huéspedes.
— ¿Qué es ética?
— Una enfermedad que se agarra á los huesos, y el demonio que le arranque.
— ¿Qué gases conoce usted?
— Varios; pero el que más me gusta es el *gas-pacho*.
— ¿Cuál es el cuerpo reconocido como el más poroso?
— La estera.
— Hable usted de las conquistas del rey D. Rodrigo.
— De tales conquistas sólo conozco la de la Cava.
— ¿Se mueve la tierra?
— ¡Vaya, y con mucho garbo!
— ¿Quién la imprime el movimiento?
— La gente.
— ¿Y de noche cuando todos duermen?
— Los serenos.
— ¿Cómo adquiere el tacto el ciego?
— Rompiéndose la crisma.

Un individuo entra el otro dia en un almacen de géneros
y pide 45 varas de tela de luto para su esposa.
Cuando lo va á pagar, exclama:
— ¡Ah, qué cabeza la mia! no me dé Vd. más que la mitad de la tela, siete varas y media, porque mi mujer se va á poner medio luto.

Tiene *tanto lujo* cierta señora que dá reuniones en Madrid, que en el comedor sobre un aparador hay una bandeja con vasos llenos de agua y otra con vasos vacíos.

Y la criada, que contaba esto á una amiga, le decia:
— Ya ves tú, los llenos son para los que quieran beber, y los vacíos para los que no tienen sed.

PROGRESOS DEL AMOR.

AYER.

Me gustas, porque me gustas,
te quiero, porque te quiero:
¡bien decian los antiguos,
el amor es niño y ciego!

HOY.

¡Mujeres! *Me gustan todas*;
para propia, la más rica:
¡qué bien dicen los modernos,
el amor es una *mina!*

MAÑANA.

Por sentimiento te quise,
y mi razon lo aprobó:
así se hablará en el siglo...
¿en qué siglo?... sabe Dios.

Luis Vidart.

MOVIMIENTO LITERARIO.

El popular y festivo escritor D. Carlos Frontaura acaba de publicar una de sus mejores novelas titulada: *Mano de ángel*. Forma parte de la acreditada biblioteca *Cuentos de Salon*, y es sin duda de las más notables producciones de tan aplaudido autor.

— *Verdades y ficciones* es un bonito libro original del distinguido escritor D. Ramon de Navarrete, que acaba de publicar la casa editorial de D. Abelardo de Carlos é hijo.—Comprende varias interesantes novelas escritas con la elegancia y amenidad que caracteriza á todas las obras del Sr. Navarrete.

— *El pozo de los suspiros*, novela del popular novelista D. Manuel Fernandez y Gonzalez, publicada por la casa de Manini, merece, como todas las del mismo autor, el éxito que está alcanzando.

CHARADA.

(REMITIDA.)

Producto medicinal
mi *segunda* es con *primera*;
y una nota musical
de seguro es mi *tercera*.

El *todo* es tan esencial
á la vida de los hombres,
que de fijo estarán mal
cuando les falte ó les sobre.

Gerónimo Giner.

(La solucion en el próximo número.)

MADRID. — IMPRENTA DE T. FORTANET.

Calle de la Libertad, núm. 29.